

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 26 DE FEBRERO DE 1933

NÚMERO 911



LA BASTILLA. Hombre descolgándose del muro.

LA BASTILLA

(Conclusión)

La historia más interesante de la cautividad en la Bastilla es la de "De Latude", quien, a los veinticuatro años de edad, en 1749, fué arrestado y confinado en la Bastilla. Después de haber permanecido allí ocho meses, comenzó a pensar en escaparse. Y, cosa rara, pasó por delante de los centinelas sin ser conocido, y se vió libre de la prisión. Se quedó a residir en París y concibió la increíble locura de escribir al rey, dándole cuenta de haber escapado de la prisión y pidiéndole perdón. Al día siguiente estaba de nuevo en la Bastilla. Le prometieron la libertad, si confesaba cómo se había arreglado para escapar, con el fin de que, en lo futuro, ningún otro preso pudiera valerse de los medios de que él se valió. Consintió en ello Latude, e inmediatamente fué puesto en prisión más rigurosa que nunca. Estaba desesperado; escribió en un libro versos insultantes contra la favorita del rey, Madama de Pompadour, que originariamente había sido la causa de su arresto. El libro fué llevado a las autoridades y, cinco días después, Latude fué encerrado en una de las peores celdas del tejado. El gobernador tenía buen corazón y le concedió un compañero que, a los seis meses, murió delirando como loco. Se le concedió un nuevo compañero, más valiente y de más ánimo que el anterior. Latude comunicó a éste su plan para escapar, el cual consistía en ganar la chimenea del tejado, y, desde allí, por medio de una escalera de mano en la torre del "Trésor", descender al foso. Latude había descubierto un espacio vacío entre el piso de su celda y el techo de la cámara de abajo. Aquí es donde ocultaron las herramientas, hechas de pedazos de hierro que pudieron recoger de sus muebles y utensilios; seis meses tardaron en romper los barrotes de la chimenea; humedecían el mortero, rociándolo con agua y trabajaban en esto con tal fervor que, con

frecuencia, les sangraban los nudillos de los dedos y los codos. Cuando estaban ya casi agotados, trabajaban en las escaleras de mano y sogas; los peldaños de la primera los hicieron con las astillas que tenían para el fuego. Las dos escaleras juntas tenían 50 pies de largo. Además de ésta, los presos poseían un rollo de cuerdas de 360 pies de largo y sus materiales los componían trece docenas de camisas, dos docenas de pares de calcetines de seda, 18 pares de calzoncillos, tres docenas de servilletas, una gran cantidad de gorras ligeras y pañuelos de bolsillo. Para poder bajar las escaleras de mano disponían de una gran cantidad de cuerdas delgadas, con una longitud de 1.400 pies. Los dos trabajaron durante dieciocho meses.

No podremos imaginarnos los temores y esperanzas de los presos cuando, en la noche del 25 de febrero de 1756, comenzaron su peligrosa aventura. Latude subió el primero la chimenea y llegó salvo al tejado. Entonces tiró el cabo de una cuerda a Alegre, su compañero, el cual ató con ella las escaleras y sogas y Latude las subió al tejado. Alegre subió poco después. Ellos se arrastraron sobre la plataforma. La noche era oscura, como boca de lobo, y llovía a cántaros; Latude ató las escaleras de cuerda al extremo de un canalón, después se ató la cuerda alrededor de la cintura, y, balanceándose en la oscuridad de la noche, empezó a descender lentamente hacia el abismo. "Yo estaba casi desfallecido, dice él, y tenía ser despedazado contra la pared; tan fuerte era el viento". Por fin alcanzó el foso y Alegre se le unió pronto. Oían claramente los pasos del centinela en la galería, pero continuaron avanzando silenciosamente en el foso, con el agua hasta el cuello. Precisamente entonces los centinelas hacían la ronda, y como la luz de sus linternas caía sobre el agua del foso, los fugitivos tenían que sumergirse y tener las cabezas dentro del agua algunos mo-

mentos. Para salir de la Bastilla tenían ahora que hacer un agujero en la pared exterior. Lo consiguieron en nueve horas. A las cinco de la mañana estaban en el camino de Charenton. "Nos abrazamos y lloramos", dice Latude. Los dos llegaron salvos a Bruselas. Su fuga causó una sensación inmensa, la Pompadour estaba furiosa.

Latude fué arrestado de nuevo en Amsterdam por orden del Gobierno francés y conducido a la Bastilla. Por cuarenta meses estuvo sentado en un calabozo. Recibía el aire y la luz a través de dos pequeños agujeros. Se había convertido en un objeto digno de compasión. Paja podrida era su cama; su comida no la hubieran tomado los cerdos. Pero no murió. Sus labios se habían hundido, los dientes se le habían caído todos. Después, porque entraba agua en su celda, fué trasladado a otra. Aquí, valiéndose de huesos de pescado como pluma y de sangre por tinta, escribió un tratado, que dirigió al rey, acerca de un más perfeccionado arreglo postal y un nuevo método de ataque para la infantería. Estos tratados fueron adoptados por el Gobierno con gran ventaja, pero Latude continuaba en prisión. Madame de Pompadour fué llamada a dar cuenta, falleciendo en 1764, pero Latude no fué libertado. Se le trasladó de la Bastilla a Vicennes. Desde aquí se fugó por tercera vez. ¿Se podrá creer que desde el lugar donde se hallaba oculto Latude escribió al ministro Choiseul, y que fué puesto de nuevo en prisión? Y esta vez en un tal calabozo, que en él Latude suspiraba por las celdas de la Bastilla. Aquí Latude ganó la compasión de un carcelero, quien se encargó de una carta, en la cual el desgraciado hombre pedía misericordia. Esta carta, afortunadamente para Latude, se perdió. Una mujer, llamada Légros, la encontró. Era una lavandera, pero tenía el valor y la perseverancia de una heroína. La llevó adonde iba dirigida; hizo todo lo que pudo por el desventurado prisionero. Por tres

años estuvo trabajando la pequeña mujer; interesó a muchos hombres en favor de la causa que ella había tomado tan a pecho, y el 22 de marzo de 1784 Latude fué puesto en libertad. Había pasado treinta y cinco años en prisión, y una pobre lavandera fué la que consiguió su libertad. Latude murió en 1805. La República le dió una indemnización de 60.000 francos.

Gritos de júbilo rompían el aire cuando, el 14 de julio de 1789, el tronar del cañón anunció una victoria, y la gran noticia voló por París: "la Bastilla ha sido tomada" ¿Y qué encontraron en ella? Sólo siete prisioneros, cuatro forjadores, dos locos, confinados allí por su familia, y un conde que había asesinado a un paisano. Pero la destrucción de la Bastilla (porque la enfurecida plebe no dejó piedra sobre piedra), fué considerada en Europa como un acto de divina retribución.

Una hermosa plaza, con una elevada columna de bronce, coronada por la estatua de la Libertad, marca ahora el sitio de la vieja Bastilla.

"Prim" y la Urraca

Uno de mis amigos, propietario de una granja, que desde siglos, de generación en generación, ha permanecido en la misma familia, tiene un perro de gran valor, un perro de Terranova de extraordinaria hermosura y de pura raza, grande y fuerte, completamente negro, con pecho y garganta blancas. El buen animal, un tanto perezoso, es el favorito de la casa. La vieja cocinera que manda en la cocina con su enorme chimenea desde hace más de treinta años, le tiene un cariño especial, y le da muchas buenas tajadas.

Una mañana de sol estábamos charlando cerca de la ventana, contemplando la luz hermosa de otoño. "Prim" estaba echado en el centro del prado que se extiende ante la casa.

muy entretenido en roer un hueso de caza con abundantes restos de carne.

Mientras se contaban varias historias de la vida del cuadrúpedo doméstico—sólo hacía dos días que había salvado una niña de cuatro años del río, crecido—, vino una urraca, rodeó al perro en breve arco y se posó a cierta distancia de él, balanceando la cola y mirando astutamente y de reojo con mucho interés el manjar exquisito que “Prim” seguía royendo. Lleno de codicia el pájaro le observó un rato. Después comenzó a dar vueltas alrededor del perro con pasos comedidos, pero estrechando el círculo cada vez más. Por fin se paró a dos pasos de la larga y bien poblada cola del perro, la observó durante un rato con interés y, ladeando la cabeza, se abalanzó de repente sobre ella tirando fuertemente y en seguida voló unos dos metros en dirección perpendicular, para posarse inmediatamente otra vez y repetir la travesura con breves intervalos.

“Prim” era un gastrónomo demasiado grande para dejarse inquietar por semejantes maniobras. Aun cuando doña Urraca, lanzando su “gadegadegat” se dispuso a maltratar sus lanudas espaldas con su aguzado pico, sólo movió por un momento la hermosa cabeza, prosiguiendo en seguida su comida. A cada nueva tentativa inútil para irritar al perro, la conducta de la Urraca se hizo más desvergonzada. Por fin, se atrevió a simular varios ataques de frente.

Entonces, antes de que el perro bonachón se diese cuenta, la urraca, de repente, saltó a su cogote y su fuerte pico cuneiforme dió repetidos golpes sin piedad sobre su ancha cabeza. Esto ya, por fin, era demasiado; gruñendo se levantó, rápido como el rayo, procurando coger al pájaro atormentador. Pero éste ágilmente esquivó el ataque, y al parecer desfallecido, se sentó a unos diez pasos del perro en la verde hierba. Pero

“Prim” había perdido la paciencia. Apasionado y agitado y ladrando fuertemente saltó hacia la urraca con dos enormes brinco. Algo le debía haber pasado a ésta, porque revoloteaba pesadamente y sólo con dificultad llegó al borde de una verja. A grandes saltos el perro la perseguía—; ya la tenía cogida!—. Pero no, el pájaro supo escaparse una vez más, y revoloteando penosamente ganó la valla del huerto próximo. El perro de Terranova no abandonó la persecución. Rápidamente se empinó para agarrarla. La urraca, asustada, cambió de lugar y voló a las ramas inferiores de los espesos membrillos. Con fuertes ladridos “Prim” ahora siguió de árbol en árbol. Pronto el perro y el pájaro habían desaparecido de nuestra vista y sólo el ladrido, cada vez más lejano, nos indicaba que la caza continuaba. Por fin, los ladridos cesaron también.

De repente, mientras “Prim” probablemente seguía buscando con tesón a su enemiga, ésta llegó en vuelo ligero y alegremente se aproximaba al lugar que el perro había dejado. Arrebató triunfalmente el hueso abandonado y desapareció para no volver.

Al poco rato también regresó el perro al trote rápido. Inclínaba la cabeza y, meneando el rabo, corría husmeando sobre el lugar poco antes ocupado. ¡Trabajo inútil! Mientras nuestro honrado amigo, engañado tan miserablemente por la astuta urraca, vagaba inquieto de un lado a otro, la taimada ladrona se comía la presa en algún escondite seguro.

ADIVINANZA

—A orillas del agua estoy, en medio del mar me ponen, y lloro mi desconsuelo al ver que no puedo entrar en el reino de los cielos.—La A.

Imp. Castilla. - Marqués de Urquijo, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: *Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.*

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia. 60, Madrid.